

MIRET MAGDALENA

¿A DONDE VAS, ESPAÑA? (IV)

Tengo un amigo psiquiatra que, dirigiéndose a su auditorio en clase, empieza diciendo: «Yo soy un asesino». Los oyentes se quedan asombrados —aunque con un poco de ironía— porque piensan que se trata de una «pose» del profesor. Pero éste pronto les desengaña aclarándoles que «es preciso reconocer que, en el fondo de todo ser humano, existen las peores tendencias; y lo urgente es darse cuenta de ello, encauzándolas socialmente para que no sean destructivas, ya que quien se cree libre de ellas, quien se estima puro, es quien más fácilmente puede caer en la tentación de ser dominado por esos impulsos negativos que todos —queramos o no— llevamos dentro».

El reconocimiento de lo que somos, de lo bueno y malo que todos —aun los que se tengan por más perfectos— llevamos dentro, es el primer paso necesario hacia una mejor convivencia social y hacia el mejoramiento individual de los hombres y mujeres de hoy. Sin autenticidad para reconocer lo que somos no hay posibilidad de solución para los muchos problemas —privados y públicos— que tiene planteados el hombre actual.

Y no es el menor de todos ellos el problema religioso. El Evangelio, hace veinte siglos, nos puso en guardia —sin eufemismos— contra «los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo», y les advirtió crudamente que «los recaudadores de tributos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el reino de los Cielos». (Mateo 21,31.)

Es frecuente encontrarse con hombres religiosos tan «profesionalizados» que se creen dueños y señores de la verdad religiosa y desprecian a los simples seglares que —con cultura o sin ella— queremos expresarnos sinceramente. Poseen tan celosamente las llaves del cielo que no quieren reconocer que «el espíritu sopla donde quiere», como enseñó también el Evangelio, y —para su bochorno— no es raro que, entre el «desecho» de la sociedad de que habla el apóstol Mateo, surja la palabra de la verdad que ellos han escondido o encadenado.

En mi periplo por Alemania, una noche, en un night-club —para escándalo de los puros—, me encontré con un ejemplo viviente de lo que digo. En aquel aparentemente tan poco propicio lugar, me encontré con una muchacha que me habló de la religión del futuro con singular profundidad.

Esta chica joven era algo así como la moderna versión de las hetairas griegas de hace veinticinco siglos. Era una estudiante, con cultura y delicada sensibilidad, que sabía elevarse —a pesar del ambiente— por encima de los mitos modernos de la idolatría al dinero, a la prisa, a la eficacia, al ruido o a la materia más grosera.

Para ella, lo religioso residía en la belleza y el amor profundos, en el desprendimiento y la generosidad auténticos. Pensaba —como algunos grandes pensadores actuales— que lo religioso era una cualidad que no puede ser cultivada de preferencia, apartándola de las cosas cotidianas, y dedicándole solamente un lujoso templo con costosos adornos y dispendiosas imágenes.

La religión era para ella —como descubrió el cristianismo— una vida y un nuevo sentido que damos a todos nuestros actos y a todas nuestras cosas, practiquemos o no los ritos religiosos.

No comprendía el significado de las grandes organizaciones de iglesia, con sus poderosas asociaciones y ruidosas propagandas, con sus normas exteriores que dividen al mundo en dos campos irreductibles: el de los que llevan el cartel de puros y el de los que son llamados impuros por los anteriores.

Pensaba que la clave de todo estaba en el amor y en la justicia, aunque no en un amor veleidoso, frágil y sin consistencia. Había descubierto, paso a paso, que el género de vida de la Alemania occidental estaba falto de ideales elevadores y que el de la oriental —aun teniéndolos— no satisfacía la exigencia de intimidad de su alma. La primera era como una grandiosa máquina con apariencia de libertad personal; la otra era un gigantesco esfuerzo por la libertad futura, pero demasiado mecanizado para satisfacer a un ser verdaderamente humano.

Ante estas palabras y reflexiones, viniendo de donde venían, comprendí la frase del Evangelio: «Todo es puro para los puros». Porque nadie puede sentirse satisfecho de las experiencias humanas tan desarrolladas, pero tan poco civilizadas, que estamos viviendo en esta incongruente sociedad del avance técnico material, pero todos —aun metidos en medio de ese barro dorado— podemos dar el primer paso hacia su futura superación.

Estas víctimas de nuestra sociedad superdesarrollada, como esa estudiante, son las que se encuentran desplazadas de todas partes. Había vivido y luchado a ambos lados del telón de acero, y en todos los sitios se encontraba fuera de lugar. Había experimentado en su propia carne lo que dice el proverbio polaco: «Con la verdad se va a todas partes, incluso a la prisión». Porque la verdad superficial y complaciente tiene éxito, pero la verdad profunda, completa y valiente, sin prejuicios ni rutinas, la verdad que no quiere ser amordazada con los lazos dorados de la técnica, sino poner ésta al servicio del hombre social y no del hombre individual y egoísta, tiene un gusto amargo de sacrificio que no está dispuesta la sociedad superdesarrollada actual a aceptar.

Allí, en Alemania, encontré también otro símbolo —en el extremo contrario— de lo que aquí digo. Es el símbolo representado por el actual presidente alemán Heinemann. Es éste un hombre cristiano que —en mi opinión— ha sido elevado a la presidencia de la Alemania Federal —al puesto con menores consecuencias prácticas en el país— porque su cristianismo era demasiado incómodo para estar en medio de la vida corriente y de la política usual, pero él era demasiado importante para echarlo en olvido. Por eso lo orillaron, consciente o inconscientemente, elevándolo. Puesto en su elevado fanal político, como nuevo Simeón el Estilita subido a su columna, podía servir de exhibición —igual que el santo de hace quince siglos—, anulando así, elegantemente, su vida comprometida en medio de la vida cotidiana. Es éste el último y demoledor homenaje que nuestra sociedad sin rumbo humano presta a la única idea que puede humanizar el mundo: al cristianismo defensor de la persona social abierta a los demás.

Heinemann, hombre profundamente cristiano, no cree en las grandes iglesias, todavía cómodamente asentadas en nuestra civilización. Cree más bien en «una Iglesia de patrullas», donde el cristianismo predique sobre todo con el testimonio ejemplar, el amor entre los hombres y la lucha por una mayor justicia humana para todos, sin discriminación de razas, de sangre, de sexo o de creencias. Por eso, según él, surgen ahora en el mundo esas pequeñas «comunidades cristianas que no son grupos de defensa de retaguardia, sino más bien patrullas de vanguardia que indican a la sociedad una dirección positiva, y que sufren en la lucha por esta dirección». (Carlo Gay, «Un hombre de la Iglesia confesante», Nuovi Tempi, 16 marzo 1969.)

Estos grupos espontáneos, inquietamente cristianos, brotan cada día más; y a esto creen muchos que se le llamará, en el futuro, Iglesia. Están formados por hombres y mujeres que no quieren separarse de la vida corriente en el mundo, pero que necesitan reunirse con periodicidad para vivir animosamente el sentido de amor que descubrió el cristianismo, buscando una aplicación, más adulta y menos ingenua, de ese amor al mundo de hoy. No necesitan ni grandes organizaciones ni rígidas centralizaciones: les basta un mínimo de presidencia en el amor, espontánea y de servicio, y no de dominio. Celebran sus comidas fraternales, sus eucaristías, con un rito sencillo, para comer en común el pan consagrado, signo eficaz de la presencia del fundador del cristianismo entre ellos. Pretenden difundir en la vida el mensaje de amor, de respeto y de justicia que el Evangelio debió de haber aportado al mundo si los cristianos hubiesen sido más eficaces; y lo hacen sin pedir nada a cambio. No reparten limosnas interesadas, como hacíamos ayer; ni palabras atractivas, y un poco rebuscadas, como todavía hacemos hoy: cooperan con los demás hombres de buena voluntad en hacer un mundo mejor, igual que el Padre Nazarin de la película de Buñuel, aunque pretendiendo utilizar unos medios técnicos menos ingenuos que él, para conseguir una sociedad más humana.

No pretenden hacer cristianos oficiales, sino que se conviertan muchos al «cristianismo anónimo», porque prefieren que haya cristianos en las obras, más que en la fachada o en las palabras. Se alegran de que haya cristianos sin saberlo, más que cristianos orgullosos de su nombre. Constituyen esa «pequeña grey» del Evangelio, cuya misión, voluntariamente aceptada y espontáneamente cumplida, será sobre todo hacer que se vivan esos valores cristianos de amor, justicia y libertad, aunque no reciban la etiqueta cristiana ni quieran algunos de sus defensores ser oficialmente religiosos.